

Universidad Iberoamericana, Puebla
Cátedra Pablo Latapí Sarre

Educación y valores: su relación con los aportes de Pablo Latapí Sarre
Bonifacio Barba¹

Proemio

Encuentro en la actividad de una cátedra, esta forma académica de cultivar, recoger o diseminar conocimiento con el impulso que proviene de la evocación afectuosa de una persona, en este caso de Don Pablo Latapí, una analogía con la declaración de santidad propia del ámbito religioso. La persona que es canonizada, esto es, reconocida y declarada santa, es propuesta a la comunidad de fe como digna de imitación, como un virtuoso camino de vida.

En el campo académico, crear y celebrar una cátedra designada Pablo Latapí Sarre, significa que vemos su persona –la dimensión ontológica-, su acción investigadora y pedagógica, –la dimensión profesional-, y su relación humana –la dimensión de la amistad-, como una forma existencial que tiene fuerza orientadora, que es fuente de sentido y una invitación para dar continuidad a sus ideales y afanes.

Esta analogía que señalo, como todas, no indica igualdad entre dos entidades o fenómenos; además, es posible que nos guste o no, pero puede ayudarnos a comprender por qué estamos aquí y qué podemos esperar y hacer como consecuencia de la cátedra misma y de nuestra presencia en ella.

La vida como un valor para la acción

La intención de detenernos, de hacer una pausa suspendiendo otras actividades de nuestra cotidianidad que juzgamos de menor importancia puesto que estamos motivados para venir a ésta en la que nos preguntamos por los valores de la educación de acuerdo a la vida y el trabajo de Pablo Latapí, nos trae de inmediato al encuentro de una vida que emerge como un vigoroso valor. Al recibir el doctorado Honoris Causa que le fue otorgado por el CINVESTAV en junio de 2009, luego de evocar los decenios de trabajo para “roturar y legitimar” el campo de la investigación educativa, labor en la que se reconocía unido a

¹ Profesor-investigador del Departamento de Educación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Documento preparado para participar en el panel de la Cátedra Pablo Latapí Sarre en su emisión 2011, celebrada en la Universidad Iberoamericana, ciudad de Puebla, Pue., el 22 de agosto de 2001.

muchas personas, Don Pablo expresó su agradecimiento y al final de su intervención afirmó lo siguiente: “estoy convencido de que hay que seguir trabajando con fe en lo que creemos. Lo que nos corresponde a todos –creo que para eso es la vida– es construir esperanza, abrir horizontes, tender puentes hacia un futuro mejor, sembrar alegría. Y se construye esperanza invocando nuestras utopías y trabajando tenazmente por realizarlas, hasta el último día de nuestra vida”.²

El creyó que la educación es un derecho de cada persona y que su realización con calidad y orientada a la justicia es construcción de esperanza, apertura de horizontes. Decidió dedicar su vida a la educación, su hora de vivir fue para él tiempo de educar.³ Si por su propia naturaleza la vida, la educación y los valores forman una trilogía inseparable, apenas distinguibles por nuestra labor analítica, en Pablo Latapí tuvieron unidad existencial; la educación fue propósito de vida y una profunda opción humanista.

Si Don Pablo fue pionero en la construcción del campo de la investigación educativa, lo fue también en el hecho de destacar e insistir en la íntima relación de la educación con los valores humanos. En otras palabras, puede afirmarse que su empeño en el desarrollo del conocimiento de la educación se guiaba por la determinación de posicionar a la educación en la sociedad mexicana como una cuestión de moral pública, una cuestión de justicia fundamental. Desde luego, sólo algunos de sus escritos –desde artículos de prensa hasta libros- están identificados temáticamente con los valores, pero en toda su obra subyace la axiología del humanismo y de la educación humanista, “una especie de credo personal”, como él mismo lo llamó.⁴ Este credo recoge sus preocupaciones de muchos años y algunos de sus elementos son los siguientes, según sus palabras: “Humanismo es la corriente de pensamiento que valora y subraya lo específicamente humano (...). Humana y sólo humana es la conciencia que tenemos de nosotros mismos, como personas y como especie, en la que se origina nuestra capacidad para convertir nuestras experiencias en historia y buscar explicaciones a los acontecimientos.

Humano y sólo humano es este atributo de nuestra inteligencia por el que ha sido capaz de crear ciencia, aventurarse a lo desconocido, descubrir lo inédito e inventar lo insospechado y así dominar gradualmente la naturaleza.

² Pablo Latapí, *Seguir trabajando con fe en lo que creemos*, 18 de junio de 2009.

³ Ver Bonifacio Barba, Hora de vivir, tiempo de educar, en Felipe Martínez (coord.), *Pablo Latapí Sarre en la UAA*, Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2010, pp. 125-141

⁴ Ver Pablo Latapí, Por una educación humanista, en Universidad Autónoma de Aguascalientes, *Pasado, presente y futuro de la universidad. Memoria*, Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes, 1993, pp. 147-152, p. 148.

Humana y sólo humana es esta atávica convicción de que toda persona posee una dignidad especial que la hace fin en sí misma, por lo que no puede ser utilizada como medio ni reducida a instrumento, ni esclavizada ni explotada por otros hombres.

Humano y sólo humano es el orden del derecho, construcción de valores y normas que protegen esa dignidad contra la fuerza y que intentan regular, en medio de la violencia y de las locuras de los hombres y de los pueblos, una convivencia civilizada, basada en principios y en el respeto al derecho.

Humana y sólo humana es la capacidad de concebir la existencia como destino, con principio y fin, con sentido de realización, en donde cabe –al lado de otras fuerzas determinantes e incontrolables- el libre albedrío para elegir entre el bien y el mal. Por esto, humano es el orden moral que compromete nuestra conciencia hasta en sus actos más secretos. Humano es el arrepentimiento que nos ennoblece, el fracaso que podemos convertir en triunfo y la capacidad admirable de reconstruir una y mil veces nuestro destino fracturado. Humana es también, por esto, la esperanza que nos distingue de todos los demás seres de la naturaleza”.⁵

La educación humanista intenta preservar estos y otros valores en las nuevas generaciones; a causa de que “estos valores específicos del hombre no están dados sino en germen en cada hombre o mujer que nace, porque somos más proyecto que obra terminada, ellos requieren ser cultivados, protegidos y desarrollados por la educación. Todos somos responsables de preservar la esencia humana...”.⁶

Los círculos de vivencias

La formación de su credo humanista fue un proceso de muchos años. Un acercamiento a ello lo ofreció el propio Pablo Latapí en el año 2001 en lo que denominó ‘los cinco círculos de vivencias’⁷ en los que recapitula su pasado y los comparte valorándolos como “algunas reflexiones en las que se entrelaza el acontecer de mi vida personal con el acontecer del país que me ha tocado vivir”.⁸ Afirma enseguida que “Todos los seres humanos somos actores en los procesos de nuestra biografía personal, procesos que a su vez se inscriben en otros más amplios de la sociedad a la que pertenecemos. Entre ambos se teje la trama de la vida, por una

⁵ Ibid., pp. 148 y 150.

⁶ Ibid., p. 152

⁷ Se refirió a ellos en la presentación del libro homenaje que coordinó Carlos Ornelas, *Investigación y políticas educativas: Ensayos en honor de Pablo Latapí*, México: Santillana, 2001. Posteriormente amplió el significado de los círculos en una serie de entrevistas que le hizo Margarita Guevara en los años 2002 y 2003.

⁸ *Los cinco círculos de vivencias de Pablo Latapí Sarre*, edición de las entrevistas realizadas por Margarita Guevara, 95 pp., p. 2. Al principio del documento está integrado el texto utilizado por Pablo Latapí en su intervención de agradecimiento en la presentación del libro coordinado por Carlos Ornelas.

lanzadera que va y viene y entremezcla lo interno y lo externo, lo subjetivo y lo objetivo, el hombre y su circunstancia”.⁹

El primer círculo de vivencias lo constituye la familia y nos dice lo siguiente: “Vengo de una familia sólida, de valores humanos y cristianos claros, vividos cotidianamente y con sensatez...”; todos aprendimos a sentirnos “comprometidos con los problemas del país”.¹⁰ Esos valores aprendidos en la familia evolucionaron en la juventud y años posteriores y hubo de hacer ajustes y enfrentar reinterpretaciones que no fueron fáciles pues, según sus palabras, “en el amplio abanico de la pluralidad mexicana hube de labrar mi propia posición, ponderando lo recibido y lo encontrado, y analizando las realidades sociales y políticas que iban configurando al país en sus procesos de modernización”.¹¹ Este círculo se articula con la construcción del México de la segunda mitad del siglo XX y en tales circunstancias muchos grupos de inspiración cristiana, nos dice, “optamos por comprender el futuro, tender puentes y colaborar desinteresadamente con todos, por arriba de credos o ideologías”.¹²

El segundo círculo fundamental de vivencias arranca con el periodo de vida en la Compañía de Jesús, “sin cuya formación humana e intelectual no podría yo pensarme”,¹³ dice el Dr. Latapí, debido a la internalización de valores humanos y religiosos y a la vivencia de las crisis de la Iglesia que lo llevó a optar por una iglesia “más cercana a los pobres”. Afirma que la Compañía influyó sin duda en su forma de concebir la educación y la justicia social aún después de pertenecer a ella.

El tercer círculo de vivencias es el de la investigación educativa, “en el que he procurado construir instituciones, formar personas y abrir caminos; (estas tareas) han sido el centro de mi vida profesional y es a partir de ellas como he incursionado en otras actividades, como mi relación con la política educativa o el periodismo”.¹⁴ Este círculo se amplió notablemente por más de cuarenta años y creo, sin duda, que es en el que la mayoría de nosotros nos vinculamos con Don Pablo como lectores, aprendices, colaboradores, amigos.

El cuarto círculo de vivencias está referido, nos dice, a la experiencia de “vivir una sociedad de desigualdades sociales agudas y crecientes, un México que no acertó a desarrollarse con justicia. Mucho lograron los llamados gobiernos de la Revolución; hubo avances innegables, pero es cuestionable el ritmo con el que se dieron y sobre todo el esquema inequitativo que se impuso para distribuir los beneficios del desarrollo. El ideal de

⁹ Ibid.

¹⁰ Ibid.

¹¹ Ibid.

¹² Ibid., p. 3.

¹³ Ibid., p. 3.

¹⁴ Ibid.

justicia social que compartimos muchos mexicanos de mi generación, de las más diversas raíces ideológicas, se vio frustrado, gobierno tras gobierno y década tras década”.¹⁵ Era el 2001 y para Pablo Latapí el escenario futuro del desarrollo nacional se mostraba sombrío; agregó lo siguiente: “Me queda un gran desencanto y muchas preguntas sin respuesta respecto a la posibilidad de que el país pueda desarrollarse con justicia. Yo ya no lo veré”.¹⁶ Desde ese año expresó que el círculo de la justicia social quedaba abierto a la acción política de los sectores inconformes del país, de los jóvenes, así como de los académicos e intelectuales “sensibles a la justicia”.

El quinto círculo es el de su inserción en las tareas públicas, de su relación “con el mundo de la política”.¹⁷ Ante los dilemas que en este campo se plantean, por ejemplo, la colaboración con ánimo de ser eficaz o la oposición con el riesgo de ser inoperante, “opté –afirma– por ubicarme en la llamada sociedad civil y en el mundo de las ideas, desde el cual se puede interactuar constructivamente con el poder. Celoso de mi independencia, juzgué que esta vía indirecta de colaboración en la vida pública era la adecuada a mi preparación profesional y a mi manera de ser”.¹⁸ No obstante, dice que en circunstancias que le parecieron favorables colaboró en el CONACYT y como asesor de tres secretarios de Educación. En uno de estos momentos pudo indagar y valorar la acción de la escuela mexicana en la formación de valores.¹⁹ Termina afirmando que desde los años sesenta del siglo pasado creyó “en el valor de la crítica independiente, en la participación de la sociedad y en la necesidad de fortalecer una opinión pública madura, bien informada y responsable”.²⁰ Mucho logró sin duda y parte de su legado es darle continuidad a esta labor.

Desde el círculo de la investigación educativa

Las opciones que se formaron en los círculos de vivencia se expresaron en los análisis y valoraciones de la educación mexicana. Así, vemos que en 1970, al juzgar la información oficial del sexenio que terminaba advertía que “estamos, pues, muy lejos de brindar ‘la igualdad de oportunidades para todos los mexicanos de acuerdo con vocaciones y aptitudes’ (en referencia a una expresión del secretario de Educación) y –lo que es más grave– vamos

¹⁵ Ibid., p. 4.

¹⁶ Ibid.

¹⁷ Ibid.

¹⁸ Ibid.

¹⁹ Pablo Latapí Sarre, *El debate sobre los valores en la escuela mexicana*, México: FCE, 2003, Con la colaboración de Concepción Chávez.

²⁰ Ibid., p. 5.

muy despacio hacia la meta de traducir la igualdad política de todos los mexicanos en una igualdad de oportunidades educativas siquiera ...”.²¹

Paso a paso fue siguiendo la política educativa, sus logros y sus rezagos haciendo importantes aportaciones para una teoría de la justicia en la educación. Así, en 1995 afirmó que el “fundamento de la filosofía política (es) la dignidad inalienable de la persona humana, libre y responsable, fin y no medio, dueña de su propio destino y esencialmente solidaria”.²²

En 1997, al reflexionar sobre lo que llamó ‘las fronteras del hombre’ y su relación con la investigación educativa, se ocupó de la dimensión de la responsabilidad moral, “frontera decisiva y principal porque en ella se dirime nuestra libertad, ese atributo que es carga ominosa, enigma y, al parecer, signo de un destino trascendentes”.²³ Señaló la responsabilidad de la investigación educativa porque “Los problemas éticos están en el corazón de la educación; deberían estarlo también en el corazón de nuestra investigación. Todo investigador de la educación es, en alguna medida, filósofo del hombre; no le son ajenas las preguntas sobre sus valores, su destino o el ejercicio de su libertad”.²⁴

Sin embargo, para el año 2007 el pensamiento de Don Pablo, sin dejar sus convicciones anteriores, puso su atención en la evolución de la investigación educativa e hizo un llamado a recuperar la esperanza ante las condiciones económicas, sociales y educativas desoladoras que observaba en México y afirmó: “A veces lo veo ya como un país inviable que perdió su rumbo e ignoró su hora; un país sumido en discordias internas, librado a la mediocridad y la irresponsabilidad de sus élites. La lista de los bienes que hemos perdido es alarmante: la salud de innumerables niños y jóvenes esclavizados por la droga, la seguridad de nuestras calles, la confianza entre los vecinos y, sobre todo, la autoestima colectiva, la cohesión y el entusiasmo compartido para construir un futuro mejor. Me pregunto cuándo –en algún momento de las últimas décadas– todos pusimos lo que estaba de nuestra parte para acercarnos al borde del precipicio”.²⁵ Sabemos que estas condiciones hoy se han agravado.

Tras expresar su desesperanza, Don Pablo señaló a los actores responsables de la mala educación, el gobierno federal, en primer lugar, y se preguntó si era posible recuperar la esperanza, pues “nos es indispensable para vivir”, y afirmó: “Creo que una manera de

²¹ Pablo Latapí, Balance de un sexenio, en *Mitos y verdades de la educación mexicana. 1971-1972. Una opinión independiente*, México: Centro de Estudios Educativos, 1979, 2ª. Edición.

²² Pablo Latapí, Reflexiones sobre la justicia en la educación, en *Educación y justicia: términos de una paradoja*, Washington: OEA, 1995, p. 118.

²³ Pablo Latapí Sarre, Las fronteras del hombre y la investigación educativa, en COMIE, *iv Congreso Nacional de Investigación Educativa. Conferencias Magistrales*, México: COMIE, 1997, p. 19.

²⁴ *Ibid.*, p. 20.

²⁵ Pablo Latapí Sarre, ¿Recuperar la esperanza? La investigación educativa entre pasado y futuro, en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 13 (36), enero-marzo, 2008, p. 288

recuperar la esperanza es ratificar la fe en nuestra profesión de investigadores y educadores...”²⁶ Seremos capaces de renovar la educación nacional si nos reencontramos con “el sentido de nuestra vocación, la comprensión de que nuestro conocimiento especializado debe ir vinculado con un compromiso personal por mejorar la educación del país, conocimiento que sea también impulso generoso al servicio de los demás, que sea a la vez inteligencia y corazón”.²⁷

Culminó sus reflexiones con una exhortación fundamental: “El conocimiento que procede de la investigación no es ciertamente la solución a los graves problemas del presente; pero cuando va unido a un compromiso vital y existencial, es una energía que se difunde y que puede detonar procesos positivos en todos aquellos actores de los que depende el destino de la educación del país (...) Cumplamos, por tanto, con lo que nos corresponde; esforcémonos por ser los investigadores que hoy necesita México: investigadores comprometidos, también con nuestros sentimientos, porque sabemos que a la educación sólo se la aborda adecuadamente pensando con el corazón.”²⁸

Entre las recomendaciones que hizo para el futuro de la investigación educativa es indispensable hoy recoger la cuarta: “Seamos consecuentes con nuestras convicciones éticas a favor de la justicia, que hagan de ‘el prójimo necesitado’ la gran prioridad nacional. Aceleremos, en cuanto de nosotros dependa, el establecimiento de condiciones más equitativas para la educación de los más pobres y marginados, muy especialmente las poblaciones indígenas. Concretemos en ellos nuestro compromiso de investigadores.”²⁹

Para concluir

Termino mi intervención haciendo referencia a tres elementos.

Primero. La Cátedra Pablo Latapí Sarre es una celebración universitaria; por lo tanto, conviene terminar con una referencia expresa a su visión sobre el papel que deben cumplir las universidades en la sociedad mexicana. En una conferencia dictada en 1978 propuso siete tesis que a mi juicio no han perdido su validez para una acción reconstruccionista, es decir, una acción de las universidades que “sin mengua de su naturaleza, de la calidad docente y del

²⁶ Ibid., p. 292.

²⁷ Ibid., p. 293.

²⁸ Ibid., pp. 293 y 294.

²⁹ Ibid., p. 295.

rigor científico (las haga intervenir) directamente en acciones tendentes a cambiar la sociedad”.³⁰

Recupero sólo la primera tesis por su relación con un valor ya mencionado previamente: “La universidad tiene un compromiso con la justicia. El criterio fundamental para cumplirlo es procurar transferir su poder social a los grupos oprimidos y explotados”.³¹

Segundo elemento: cuando Pablo Latapí analizó la reforma del currículo de la educación secundaria que introdujo la materia de Formación Cívica y Ética en 1999, se ocupó del problema de la laicidad escolar ante los cambios sociales, políticos y culturales de México y concluyó que era necesario redefinirla. Propuso una ‘laicidad abierta’ fundada en una concepción de la escuela como espacio público al que concurren niños y jóvenes con distintas convicciones religiosas. En consecuencia, con base en la libertad de creencias reconocida por la Constitución General de la República, los valores y principios éticos que deben animar la formación de la conciencia moral deben seguir las orientaciones prescritas en las leyes, pero con una pedagogía ética sistemática que “forme una conciencia moral informada y capaz de decisiones responsables”.³² Varios años después, esta necesidad se ha acrecentado.

Tercer elemento: ¿y nosotros qué vamos a hacer? Creo que la vida y la obra de Pablo Latapí Sarre nos invitan a renovar nuestro compromiso educativo y quizá de ello surja una exigencia, la de construir y comprender nuestros círculos de vivencias. Sin embargo, con mucha probabilidad esto ya está cumplido y entonces la ocasión es propicia para volver a esos círculos y extraer el agua de vida, es decir, los valores que informan nuestra existencia y nuestra acción. En ello estarán fundados tanto nuestro agradecimiento y homenaje a Don Pablo como la eficacia de la cátedra.

Muchas gracias.

Aguascalientes, Ags., 21 de agosto de 2011.

³⁰ Pablo Latapí Sarre, Universidad y cambio social: siete tesis reconstruccionistas, en Felipe Martínez (coord.), *Pablo Latapí Sarre en la UAA*, Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2010, p. 33.

³¹ *Ibid.*, p. 36.

³² Pablo Latapí Sarre, *La moral regresa a la escuela. Una reflexión sobre la ética laica en la educación mexicana*, México: CESU-UNAM-Plaza y Valdés, 1999, p. 129. El conjunto de rasgos de la laicidad abierta pueden verse en la obra.